

MISERIA Y COMPAÑÍA

SALÓN DE PASOS PERDIDOS

UNA NOVELA EN MARCHA

1. EL GATO ENCERRADO (1987), 1990
2. LOCURAS SIN FUNDAMENTO (1988), 1992
3. EL TEJADO DE VIDRIO (1989), 1994
4. LAS NUBES POR DENTRO (1990), 1995
5. LOS CABALLEROS DEL PUNTO FIJO (1991), 1996
6. LAS COSAS MÁS EXTRAÑAS (1992), 1997
7. UNA CAÑA QUE PIENSA (1993), 1998
8. LOS HEMISFERIOS DE MAGDEBURGO (1994), 1999
9. DO FUIR (1995), 2000
10. LAS INCLEMENCIAS DEL TIEMPO (1996), 2001
11. EL FANAL HIALINO (1997), 200210.
12. SIETE MODERNO (1998), 2003
13. EL JARDÍN DE LA PÓLVORA (1999), 2005
14. LA COSA EN SÍ (2000), 2006
15. LA MANÍA (2001), 2007
16. TROPPO VERO (2002), 2009
17. APENAS SENSITIVO (2003), 2011
18. MISERIA Y COMPAÑÍA (2004), 2013

EN PREPARACIÓN

MUNDO ES (2005). EL CANTO DEL CHAMARIZ (2006). SERÉ DUDA (2007).
COMO MEJOR PUEDO (2008). COSARIO UNIVERSAL (2009). QUASI UNA FANTASIA (2010). YO POR OTRO (2011). PUEDO ESPERAR (2012).

LOS DESVANES

1. MIL DE MIL (1985 - 1995), 1995. 2. TODO ES MENOS (1985 - 1997), 1997. 3. EL AZUL RELATIVO (1997), 1999. 4. LA BREVEDAD DE LOS DÍAS (1998), 2000. 5. TURURÚ... Y OTRAS PORFÍAS (1999), 2001. 6. SÍ Y NO (2000), 2002. 7. MAR SIN ORILLA (1997-2001), 2002. 8. CONTRA TODA EVIDENCIA (2001), 2004. 9. YA SOMOS DOS (2002), 2004. 10. NARANJAS DE LA MAR (2003), 2007. 11. MÁS O MENOS (2004), 2007. 12. NI TUYO NI MÍO (2005), 2009. 13. LOS BALUARTE (2006), 2009.

DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN

PÍCARA FORMA (1998-2007). COSTANILLA DE LOS DESAMPARADOS (2007). NEGOCIOS PENDIENTES (2008). MUNDO ADELANTE (2009). EXTRAÑO PAÍS ESTE (2010). ARCANOS MUNDOS (2011). VUELTAS QUE DA LA VIDA (2012).

ANDRÉS TRAPIELLO

MISERIA Y COMPAÑÍA

SALÓN DE PASOS PERDIDOS
UNA NOVELA EN MARCHA

PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA

MISERIA Y COMPAÑÍA

(2004)

Y sé, por mi miseria, de qué parte
es esta fija luz, eran todas las luces
de otra parte.

JRJ, *En el otro costado*

ME vieron antes de la cena escribir en este cuaderno, y esperaron a que lo cerrara para preguntarme:

–¿Y qué vas a inventarte para mañana?

Ya no se acordaban de lo que había sucedido tal día como hoy hace un año. Pasa todo deprisa. Les respondí: “El año pasado recibí una carta del futuro de un amigo que me aconsejaba dejar de publicar estos diarios”.

–No –replicaron–, eso fue el año anterior. Con la coartada de que llevas un diario te lo inventas todo; eso fue hace mucho más tiempo.

Porfiaron, y me costó convencerles:

–Parece que fue hace un siglo.

A mí me parece que fue ayer.

Todo va tan deprisa que en realidad le cuesta a uno vivir en otro sitio que no sea el pasado. En este cuaderno, por ejemplo, hoy es ayer.

–Entonces –insistieron R. y G.–, ¿es posible que no se te haya ocurrido nada?

Creo que lo decían con pena, como si algo íntimo en la vida de nosotros cuatro se hubiera roto y las cosas ya no fuesen a ser nunca como antes. Aunque no se las crean, parecían echar de menos mis historias. Cuando nos acostamos y apagamos la luz de la mesilla de noche le dije a M., me han dicho esto los chicos, y no sé qué darles mañana. Como cuando éramos jóvenes y no resultaba fácil comprarles los reyes que pedían. Entonces les distraíamos contándoles que los reyes no pueden siempre traer trenes eléctricos y videoconsolas a todos los niños, porque son muchos y no hay para todos, y que antes de salir a repartir los regalos tienen ellos un cabildo como si dijéramos, donde se procede a un sorteo.

Cada año les sugestionaba con lo mismo: este, los reyes puede que no traigan nada.

Al día siguiente, tras recogerlos junto al balcón, venían corriendo con los regalos por delante. Aunque algunas veces fuesen más modestos que los que habían pedido, me los mostraban, y proclamaban exultantes:

—¿Conque no iban a traer nada? Ja.

Hombre de poca fe, parecían decirme, sin sospechar que nuestros reyes particulares eran precisamente ver su felicidad, más importante que sus juguetes.

Ellos creen que mañana les contaré una gran historia, pero a menos que ocurra algo excepcional, este año no me ha sucedido nada ni podría inventarme ninguna a la altura de las otras, porque es imposible competir con la realidad, y no me van a creer.

—No te preocupes, duerme —me consolaba M—. Dios proveerá. Y si no te ocurre nada, se te ocurrirá.

Me hace mucha gracia M. Hombre de poca fe, parecía decirme también. Me ve como a Jesucristo: A., los chicos no tienen milagro; como si no tuviese una otra cosa que hacer que levantar la mano al cielo igual que el Sagrado Corazón que tiene mi madre en su casa, y convertir el agua en vino.

En realidad eso es la literatura, convertir el agua en vino. Claro que el agua también está bien. Para saciar la sed es incluso mejor. Pero, con todo, tiene que ser bonito convertir el agua en vino.

A las siete y media de la mañana nos despertamos por la costumbre, y M. me preguntó: ¿Se te ha ocurrido algo ya? No, le confesé, toda la noche han revoloteado por mi cabeza un montón de pesadillas, como abejorros. Sólo recuerdo un sueño absurdo: me quemaban en una hoguera, en la Edad Media, no por alquimista, sino por incompetente: había convertido todo el oro del reino en plomo, incluidas las coronas del rey. Sí que es absurdo, reconoció M. acurrucándose al lado. Estuvimos en eso un rato,

después del cual yo no me atrevía a dormirme de nuevo por si iba a parar otra vez a la hoguera. Estábamos en esos minutos tranquilos en los que entre el día y la noche no hay pared.

De pronto M. me confió en un susurro:

–Siempre me da miedo que nos oigan los chicos. Qué vergüenza. ¿No decías que no tenías milagro con el que empezar el año? Podrías contar esto.

–¿Insinúas que esto ha sido un milagro?

–No, me refiero a contarlo. Siempre me sacas dormida, y nunca hablas de nada verdaderamente íntimo.

–Tienes razón –reconocí–, pero para contar esto tendría que ser un mago, más que un alquimista. No sé. Ha estado bien recibir el año despiertos. Me gusta cómo resuelve ese trámite Stendhal en sus novelas, en una línea: “Al día siguiente, el señor tal y la señorita o la señora cual, se trataban de tú”.

–Tú a mí me tratas de tú hace mucho tiempo –dijo afirmando sus caderas, y añadió–: Si vuelvo a quedarme dormida, no lo cuentes, por favor.

Empezaba a clarear en el ventanuco. Es del tamaño de un libro abierto. Por él pasan las nubes y todas las estaciones. Se podría leer en él la eternidad, y hacerlo sin levantarse de la cama, como los convalecientes.

–Tú no eres tan melancólico como parece, tendrías que sacarte más alegre –dijo después de un largo rato en silencio, completamente despejada, cuando yo creía que había vuelto a dormirse–. Tomarte menos en serio.

–Tienes razón. Lo haría, si supiera. Pero cuando me voy a mirar en el espejo, me digo: qué deprisa ha pasado la vida, y no puedo evitar ponerme un poco melancólico. Para mí la melancolía es un estado de la alegría, no sé si líquido o gaseoso. Me gustaría escribir de nuestro despertar, y si lo sacara a plaza pública no sería por los demás, sino precisamente por R. y G. Algún día ellos serán nosotros, tendrán nuestra edad y echarán la vista atrás.